

su conversión, y dejó dispuesto que se le sepultase, llevando sobre el corazón un ejemplar de este libro, que había sido el instrumento de que se valió la bondad de Dios, para reducirla al camino de la verdad.

Estos hechos hablan más elocuentemente que todos los elogios, para recomendar la obra de Monseñor de Segur al celo de los Sacerdotes y de los fieles, que procuran precaver á las almas contra las seducciones del protestantismo.

PRIMERA PARTE.

I.

¿Por qué se ha escrito este libro?

Estas *Conversaciones sobre el protestantismo* se dirigen mas bien á los católicos que á los protestantes: ellas no son un ataque, ni siquiera una controversia; son una obra de preservación y de defensa.

Se ha preguntado: “¿Para qué es hablar aun del protestantismo en la época que alcanzamos? ¿No se ha fundido de tal manera el protestantismo con el racionalismo y la incredulidad, que ya no existe como secta religiosa? ¿Y por otra parte ¿no tienen bastante buen sentido y suficiente lógica los católicos, para dejar que se arraigue entre ellos el protestantismo?”

Cierto, este es profundamente antipático á nuestro país; y no menos incontestables es que del protestantismo, como secta religiosa, no quedan mas que ruinas. Pero hay ruinas de que se debe desconfiar, porque pueden servir de receptáculo y abrigo á los malhechores, los cuales no se atreven á mostrarse descubiertamente en los caminos reales. De esta clase es el edificio cuarteado del protestantismo moribundo, se transforma, si no es ya transformado en una fuerza inmensa de destrucción.

Reanimado y recalentado por los impíos, á quienes re-

Ce. Garcia

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

cibe en su seno, se le ve desembarazarse, pieza por pieza, de su armazón teológica del siglo XVI; y mostrar al descubierto, su principio, esencialmente revolucionario. Conservando, porque le conviene, algún lenguaje bíblico y ciertas formas religiosas, se presenta delante de los católicos en una actitud agresiva. Sueña nada menos que con la destrucción absoluta de la Iglesia de Jesucristo; y para conseguirla, multiplica entre las poblaciones católicas sus templos, oratorios y establecimientos de toda clase. Sus agentes inundan de folletos las ciudades y los campos. Procurando corromper las inteligencias más elevadas, por medio de periódicos y publicaciones filosóficas ó literarias, se empeña, al propio tiempo, en hacerse un porvenir entre las clases trabajadoras apoderándose de los niños; y para esto les abre escuelas, asilos y casas de huérfanos en donde se enseña á aquellos infelices pequeñuelos, no á ser cristianos, sino á blasfemar de la Iglesia. Fúndase una multitud de asociaciones para hacer la guerra á la religión católica; y las sociedades llamadas bíblicas, evangélicas y otras, públicamente refieren en sus informes anuales, los esfuerzos y el resultado de su propaganda; á la vez que triunfalmente hacen alarde de sus millones de pesetas que se reúnen, especialmente en el extranjero, para alimentar su celo y pagar su progreso.

No es, pues, una cosa ociosa ocuparse del protestantismo. Si algunos hombres tímidos dijieran que no es bueno recrudecer discusiones desagradables, yo les respondería, que para nosotros los católicos, no sólo es un derecho sino un *deber*, defender nuestra religión atacada y poner en salvo lo que nos es más caro que la vida; esto es, la fe que de Dios y de nuestros padres hemos recibido. Este librito no tiene otro objeto que cooperar á esta grande obra, aunque las proporciones sean humildes. Yo he pensado que será útil para muchas almas, hacerlas ver en una serie de *conversaciones* familiares, lo que es el protestantismo, descubriendo las falsedades y la nada de su sistema religioso, las verguenzas de su origen, su nulidad como culto, su afinidad con todo lo que es revolución y anarquía,

y en fin el abismo á que él conduciría á cualquiera país católico, que tenga lógica bastante para no detenerse en el camino del error.

No se encontrarán en estas páginas ni controversias eruditas, ni discusiones metafísicas. Como hablo especialmente con católicos que conocen su religión, no he insistido en ciertos puntos de doctrina que ellos saben; pero que yo habría explicado más largamente, si me dirigiera á protestantes.

Para estudiar en su fuente la cuestión de la llamada *reforma*, he debido recorrer un gran número de publicaciones y obras literarias, calvinistas, metodistas, etc.; y en ellas he encontrado palinodias mortales, cantadas por ministros y escritores protestantes, aunque solamente he citado las de aquellos que son más estimados entre sus propios correligionarios.

Como este libro podrá excitar algunas recriminaciones de parte de los herejes, no me parece supérfluo insistir, en que yo no he hecho en él otra cosa que *defender* la fé contra los ataques de los protestantes, cuya violencia pasa de toda medida, y rechazar á esos hombres que proclaman altamente estar llamados á destruir nuestra santa religión. Uno de los corifeos autorizados de esos hombres, el Sr. Agenor de Gasparin, se atrevía á decir, hace poco tiempo, hablando de la religión católica: “*No es permitido delante de Dios aborrecerla moderadamente.*” (*)

II.

PROTEO.

Proteo era un personaje fabuloso, que tomando todas las formas, se ocultaba á todas pesquisas y esquivaba todos los ataques.

Proteo es el verdadero tipo de eso que se ha llamado el protestantismo. No se sabe como hacer para definirle y

(*) Los Ecoles du doute et l'Ecole de la foi, page 26.

mucho menos se acierta á cogerle. El es diferente en París que en Londres, en Ginebra que en Berlín, en Berna que en Nueva-York. Más aún: en cada barrio de una misma ciudad, en cada templo, en la cabeza de cada uno de sus ministros; y me atrevería á decir que hasta en la cabeza de cada protestante, el protestantismo se diferencia de sí mismo. Lo que enseña, lo que dice, lo que quiere aquí, es diametralmente opuesto á lo que enseña, á lo que cree en otra parte. Sin embargo siempre es el protestantismo.

¿Qué es pues el protestantismo?

¿Es una religión? Nó, es una secta.

¿Es una Iglesia ó una aglomeración de Iglesias? Nó, es una pluralidad de individuos.

¿Es una institución? Nó, es una rebelión.

¿Es una enseñanza? Nó, es una negación.

El protestantismo *protesta* y aquí acaba su obra. Su nombre es puramente negativo; y lo dicho explica cómo en trescientos años, este nombre no ha variado aunque él encubre infinitas variaciones. Como el protestantismo no es mas que una renuncia de la antigua fe, cuanto menos él crea, más *protestará* y así merecerá mejor el nombre que lleva. Este nombre se hace cada día más verdadero y subsistirá hasta el momento en que el protestantismo perezca, cual perezca la úlcera cuando ha devorado el último átomo de carne en que se cebaba.

Sin embargo, se dice que el Proteo de la fábula llegó á ser cogido; y yo voy á hacer lo posible por lograr otro tanto con el protestantismo, sorprendiéndole bajo uno de los mil disfraces de que hace uso. Procuremos arrancarle la máscara, para que le conozcan los católicos á quienes trata de engañar.

III.

Protestantismo y Protestantes.

¿Son una misma cosa el *protestantismo* y los protestantes? De ninguna manera.

Los protestantes son como los demás hombres, criaturas de Dios, por cuya salvación murió nuestro Señor Jesucristo; mientras que el protestantismo es una rebelión contra la verdad, un crimen que Dios maldice en la tierra, como maldijo en el cielo la rebelión de Satanás y sus secuaces. Es necesario amar á los protestantes como prójimos y detestar el protestantismo, como se ama al pecador y se detesta el pecado.

El protestantismo es malo por naturaleza, pero el protestante puede ser frecuentemente un buen hombre; y de todos modos, el protestante es siempre infinitamente mejor que el protestantismo. Muchas veces no es protestante sino de nombre; y lo que le falta en materia de religión, mas bien se debe imputar á su educación y á la atmósfera en que vive, que á un sentimiento personal y culpable.

En esta obrita lo que yo ataco no es al protestante, sino al protestantismo; pero al protestantismo le ataco y le denuncié como un grande enemigo de las almas. Ante todo me compadezco de los pobres protestantes; muchos de los cuales, lo sé, están en la más perfecta buena fé. Dios los tratará con misericordia, si estando en esa gran ruina, que se llama el protestantismo, todavía aman y buscan como mejor pueden, los vestigios de la verdad.

El protestantismo es una doctrina engañosa.

¡Guerra al error!

El protestante es un hombre por quien, como por todos los hombres, ha padecido y muerto nuestro Señor Jesucristo; y es por lo mismo un prójimo, á quien todos debemos amar.

IV.

Catolicismo y Católicos.

Si *protestantismo* y *protestantes* no son una sola é idéntica cosa, tampoco lo son *catolicismo* y *católicos*.

El protestantismo siempre es peor que los protestantes. Esto es tan cierto como fácil de concebir. El pecador vale

siempre más que su pecado: el hombre que se engaña vale siempre más que su error por que el pecado y el error son absoluta y enteramente malos, mientras que el hombre que peca ó yerra, conserva siempre algo de bueno, algunos restos de verdad y de pureza de corazón.

El catolicismo, por el contrario, es siempre mejor que los católicos. Por perfecto y santo que se suponga á un católico, siempre quedan en él las imperfecciones de la humana naturaleza y los residuos del pecado original. La iglesia católica, que le conduce en los caminos de Dios, le presenta la verdad pura de toda mezcla y absolutamente buena, le propone la santidad perfecta; y por lo mismo, la maestra es siempre superior al discípulo.

Frecuentemente sucede que los ministros protestantes, en los reproches que dirigen á la iglesia católica, confunden á los católicos, con el catolicismo, al discípulo siempre imperfecto, con la doctrina en sí perfecta. De ahí proceden las recriminaciones injustas; de ahí deriva, muchas veces, una irritación infundada; y de ahí en fin, nacen obstáculos que son quiméricos, pero bastantes fuertes para impedir que el extraviado vuelva á la verdad.

V.

Católicos y Católicos.—Protestantes y Protestantes.

Hay leños y leños, decía un cortador de madera, en cierta comedia. Digámoslo aquí y distingamos bien.

Hay católicos y católicos; verdaderos católicos y católicos de contrabando; católicos serios que conocen su religión, la practican con sinceridad y procuran darse á la oración, á la penitencia, á las obras de caridad y á la unión íntima con Nuestro Señor; y católicos, al contrario, que solamente lo son de nombre, pues viven en la indiferencia religiosa, no oran ni frecuentan los sacramentos y descuidan el servicio de Dios. Es necesario no confundir los unos con los otros; y sobre todo, es justo é indispensable no tomar al mal católico como tipo de los católicos en general.

Hay también protestantes y protestantes: protestantes ardientes, ásperos en la guerra contra la Iglesia, animados del espíritu de secta y de propaganda; y protestantes al contrario que lo son porque nacieron en el protestantismo, que hacen poco caso de lo que les predicán sus ministros, y que ni siquiera saben á cual de las mil sectas protestantes pertenecen. No confundamos á estas dos clases de protestantes. Los primeros son sectarios y enemigos activos, cuyo celo ciego se disfraza con todas las máscaras, para conseguir su objeto desastroso, y á éstos es necesario descubrirlos y rechazarlos; mientras que los otros son meramente hombres adormecidos, ni amigos ni enemigos de la verdad, á quienes simplemente se debe despertar é ilustrar.

Pertenecen á la primera clase aquellos protestantes para quienes el protestantismo es una posición ó un oficio, que les da renta y consideración; y á éstos deben agregarse algunos otros protestantes, especialmente mujeres de ánimo exaltado, que pagan con liberalidad á sus agentes, haciendo un negocio de partido el salirse con sus intentos.

Pertenecen á la segunda clase, con algunas raras excepciones, una multitud de industriales, comerciantes y hombres indiferentes de la clase media; los cuales son protestantes porque lo eran sus padres. Estos no tienen otra religión que la que se ha dado en llamar de la *honradez*, en lo cual se aproximan á los malos católicos.

Era de importancia hacer esta distinción al principio de estas Conversaciones.

VI.

¿Cómo es que hay protestantes buenos y religiosos?

Así como tenemos en el catolicismo hermanos que nos avergüenzan, los cuales aunque pertenecen al cuerpo de la Iglesia, son extraños á su espíritu; de la propia manera tenemos, fuera de la Iglesia, algunos hermanos separados. Estos son aquellos protestantes que, aunque segregados exteriormente del cuerpo de la Iglesia, llevan una vida cris-

...ana y practican, quizás hasta de una manera edificante, los preceptos del Evangelio. Perteneciendo al espíritu de la Iglesia, todo lo que estas bellas almas tienen de fé y de verdad, es ni más ni menos que catolicismo; y ellas mismas son católicas que no se conocen, aunque la Iglesia las reconoce altamente por sus hijas. Son buenos cristianos, no porque son protestantes, sino á pesar de ser protestantes.

Como el protestantismo no es más que una negación, nada ha podido darles; antes bien lo que el protestantismo ha hecho, es privarles de una parte de los auxilios religiosos que habrían disfrutado si hubiesen nacido católicos.

¡Cuánto mejores de lo que son, serían estos protestantes, si tuvieran una absoluta certidumbre respecto á la fé, un culto completo y vivo, los consuelos tan santificadores de los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, el amor á la Santísima Virgen y otros tantos tesoros que la Iglesia católica dispensa á los fieles! Con estos poderosos auxilios, aquellos hombres serían santos; pero privados de tales socorros no pueden elevarse mucho. De modo que su piedad, por más positiva que se la suponga, no pasa de vulgar.

¡Qué abismo media entre nuestros santos, los cuales no son otra cosa que *buenos católicos*, entre un San Vicente de Paul, por ejemplo, un San Francisco Javier, una Santa Teresa y aquellos hombres honrados, cuya vida se quiere algunas veces alegar como prueba de la verdad del protestantismo!

“Los católicos tienen santos, dice el pastor protestante Lavater: no puedo negarlo; y nosotros no los tenemos, lo menos que se parezcan á los de los católicos.”

VII.

Por qué se encuentra mayor número de malos católicos, que malos protestantes?

En primer lugar, por que hay muchos más católicos

que protestantes. En una ciudad grande, es evidente que debe haber más gente mala que en una aldea.

En segundo lugar, el catolicismo es una religión sólida, que de parte de Dios nos impone una creencia precisa y obligatoria, muchos deberes elevados, un culto determinado y ciertos medios conocidos y necesarios para santificarnos.

Aunque todo esto es divino, no es cómodo para la carne; y á las pasiones nó les agrada. El catecismo católico todo lo prevee y no deja nada al capricho. El no se contenta con una religiosidad vaga y vaporosa, sino que pone la tilde sobre la *i*; y dice con precisión y claridad lo que se debe evitar, so pena de ser mal católico. Ordena varias observancias exteriores, destinadas á reprimir nuestras inclinaciones córrumpidas; y por esta razón suelen aquellas observancias ser desagradables, tales como la abstinencia, el ayuno, la confesión etc. Se necesita una grande energía y una voluntad perseverante, para caminar constantemente por esta vía estrecha.

No sucede lo mismo en el camino ancho, que más bien se pudiera llamar desierto sin límites, por donde las sectas protestantes quisieran hacernos entrar. Hoy más que nunca, nó es pesado el equipaje religioso del protestante. Nada más fácil que ser buen protestante. No soy yo quien lo digo. Es uno de los pastores protestantes más conocidos y bulliciosos de París quien lo afirma. He aquí el retrato de un escritor, (*) cuyo panegirico hace aquel pastor, presentándonosle como un protestante excelente. “Dogmáticamente, dice, *él creía poca cosa.....* En cuanto á la verdad, nó sabía buscarla en el dogma, *ni siquiera en el Evangelio.* Creía que las verdades están en los libros san-

[*] Mr. de Simondi, historiador protestante. Véase el diario LE LIEN.

[*] “Para los protestantes, decía Juan J. Rousseau hablando de los Neufchatel, un cristiano es un hombre que vá á la prédica todos los domingos; y haga lo que hiciere entre domingo y domingo, eso nó importa.” (Carta al mariscal de Luxembourg.)

tos como en gérmen; pero las creía *mezcladas á todos los errores y se imaginaba que con la ayuda de estos libros, todo se puede sostener y todo probar igualmente.....* El creía poco en la oración EL DETESTABA VIVAMENTE EL CATOLICISMO.” He aquí el cristiano suficiente, he aquí el buen protestante á juicio del pastor Coquerel.

Ya lo veis; amado lector, nó es difícil ser buen protestante: con creer todo lo que se quiera en materia de religión, ó si se quiere nó creer nada, séase hombre de bien según el mundo, léase ó nó se lea la Biblia, váyase ó nó se vaya al templo; pero nó se olvide la suscripción á dos ó tres sociedades bíblicas y evangélicas, detestando sobre todo á la Iglesia: esta es la receta para ser un buen protestante.

Convertido á la religión católica un protestante ilustre, repetía con frecuencia, esta observación, la cual tenía en su boca doble peso que en otra: “Siempre he visto que del católico más malo, se hace con facilidad un protestante excelente y hasta un ministro de la secta; pero cada día me apercibo más de que un buen protestante, como yo lo era, tiene trabajo para ser un católico mediano.” [El conde de Stolberg.] Cuando nó se sigue de cerca la pista á los ministros protestantes y cuando nó se leen sus escritos, es difícil creer en la nada religiosa que se oculta bajo el cómodo manto del protestantismo. Mucha razón tenía el impío Eugenio Sué, cuando en vista de esas facilidades decía “Que *protestantizar* la Europa, era el medio más seguro para *descristianizarla*”

VIII.

Del abismo que media entre el protestantismo y la Iglesia

Quando los agentes de la propaganda protestante encuentran alguna alma sencilla é ignorante, suelen comenzar sus tentativas con este exordio insinuante: “Protestante ó católico, poco más ó menos es lo mismo.” Y hay católicos por desgracia que repiten esta blasfemia, sin pensar que este es un grave insulto contra su Santa Madre la Iglesia.

¡Qué el protestantismo, con sus mil sectas, es *poco más ó menos*, lo mismo que la religión católica! ¿Se ha reflexionado en esto? Pues más valdría decir que *poco más ó menos* la buena moneda vale tanto como la falsa.

Donde la Iglesia afirma, los protestantes niegan; donde la Iglesia enseña, los protestantes se sublevan. En la Iglesia católica reina la unidad más completa y más fundamental de enseñanza, de creencia, de culto y de religión. Entre los protestantes cada uno cree como quiere y vive como cree; de modo que reina entre ellos la anarquía religiosa, la cual es todo lo contrario de la unidad. Sólo están unidos en un punto, que es el ódio al catolicismo.

El católico tiene por regla de su fe la enseñanza precisa é infalible de la Iglesia. El protestante rechaza á la Iglesia, desprecia su autoridad y no conoce más que la Biblia, interpretándola como puede y como quiere.

El católico venera al Papa como Vicario de Jesucristo, cabeza de los fieles, Pastor Supremo y doctor infalible de la ley. El protestante no ve en él más que un anticristo, Vicario de Satanás, y enemigo principal del Evangelio.

El católico adora en la Eucaristía á Jesucristo, que está realmente presente en ella. El protestante no vé allí más que un símbolo vacío, un pedazo de pan.

El católico venera, invoca y ama á la Santísima Virgen María Madre de Dios. El protestante se aleja de ella con repulsión invencible; y á veces la ve hasta con desprecio, hasta con odio.

El católico recibe y conserva la vida cristiana por medio de los siete Sacramentos de la Iglesia, reparando sus faltas en el de la penitencia y alimentándose con el de la Eucaristía. Los protestantes no conocen estos Sacramentos; y apenas algunas de sus sectas conservan todavía la verdadera noción del bautismo.

Así sucede con todos los dogmas. Sí, con todos, aún los más esenciales, los que más íntimamente están unidos con la ciencia de la religión, dogmas sin los cuales no se puede ser cristiano. Cada día protesta más el protestantismo contra la fe que ha abandonado. En Ginebra, en

Strasburgo, en París, en todas las facultades de teología protestante francesas, alemanas, americanas, etc., se oye á los pastores de la sectas, negar la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, el misterio de la Santísima Trinidad y el pecado original, destruyendo así el cristianismo por su base.

He aquí el como, *poco más ó menos*, las sectas protestantes están de acuerdo con la Santa Iglesia católica. Ellas están separadas de ésta, más ó menos, según que son más ó menos lógicas y según que aplican mejor el principio protestante del libre examen. Sin embargo, aun las que parecen menos distantes de la Iglesia, se hallan separadas de ella por un abismo.

El protestantismo es á la religión católica lo que NO es al SI. Salva esta discordancia, todo es absolutamente la misma cosa.

IX.

¿El catolicismo y el protestantismo pueden ser verdaderos á la vez?

Evidentemente nó.

Siendo la religión el conocimiento y el servicio del único Dios verdadero, ella es necesariamente *una*, como Dios es Uno. No hay más que un solo Dios, una verdad, un Cristo, una fe y una religión verdadera.

Los que dicen que se encuentra la religión verdadera de Jesucristo, tanto en el protestantismo como en el catolicismo y *viceversa*; ó son incrédulos que poco caso hacen de la verdad, ó son ignorantes y aturridos que hablan sin reflexión.

Si dos religiones diametralmente opuestas entre sí, como lo son la religión católica y las sectas protestantes, pudieran ser igualmente verdaderas, sería necesario decir que son iguales el SI y el NO; y afirmar que cuando dos hombres se contradicen sobre un mismo punto, ambos tienen razón.

Acabo de demostrar sobreabundantemente la oposición fundamental que hay entre la iglesia católica y las diversas fracciones del protestantismo. Tomemos un ejemplo entre mil. La iglesia enseña que en el Sacramento de la Eucaristía, Nuestro Señor Jesucristo está real y verdaderamente presente; mientras que casi todas las sectas protestantes niegan esta verdad, acusando de idolatría á la Iglesia por esta creencia. Ahora bien, una religión que se engañase, aunque no fuera mas que en este punto, no puede ser la verdadera religión. Luego es materialmente imposible que el catolicismo y el protestantismo, sean los dos verdaderos á la vez.

X.

Irse á lo más seguro.

La Madre de Melancton, el cual fué uno de los más famosos discípulos de Lutero, había sido arrastrada por su hijo á la apostasía, siguiéndole en la pretendida reforma. Estando ella para morir, hizo llamar *al reformador*; y en aquel supremo momento, le dijo con solemnidad: “Hijo mío, por tu consejo dejé á la Iglesia católica, para abrazar la religión nueva. Ya voy á comparecer delante de Dios; y por el mismo Dios vivo te conjuro para que me digas sin ocultarme nada, ¿en qué fe debo morir?” Melancton bajó la cabeza y guardó silencio un momento. El amor de hijo luchaba en su pecho contra el orgullo de sectario. “Madre, le respondió por fin, la doctrina protestante es más fácil: la católica ES MAS SEGURA.” (*)

Si la religión católica es más segura, es necesario abrazarla; y aun es más necesario todavía no abandonarla, por irse á la menos segura.

Este razonamiento de simple buen sentido, indujo al rey Enrique IV á hacerse católico. Se había tenido una conferencia sobre religión en presencia del rey y toda su

[*] Audin, VIDA DE LUTERO, tomo III, pag. 288.

corte. Los controvertistas eran, por una parte, muchos teólogos católicos; y por otra parte los ministros protestantes Duverdier, Morlas, Salette y algunos otros.

“El rey, dice el historiador, viendo que uno de los ministros no se atrevía á negar que pudiese uno salvarse en la religión católica, tomando la palabra, dijo: “¡Qué! ¿Estais de acuerdo en que puede uno salvarse en la religión romana”? El ministro respondió: “que no lo dudaba, con tal de que viese bien.”—“Y vosotros, señores, dijo S. M. á los doctores católicos, ¿pensáis que puedo salvarme quedándome protestante”? “Pensamos y declaramos, respondieron estos doctores, que habiendo conocido la Iglesia católica, estais, señor, obligado á entrar en su comunión, y que así no podeis salvaros en el protestantismo”.—Oyendo esto, continúa el historiador, el rey añadió muy juiciosamente, dirigiéndose á los ministros protestantes: “La prudencia quiere que yo abrace la religión de los católicos dejando la vuestra, porque siendo de la primera me salvo, según ellos, y según vosotros; mientras que si me quedo en la segunda, me salvo, según vosotros, pero según ellos, me pierdo. La prudencia pide, pues, que me vaya á lo más seguro”. (*) Dijo, y abjuró el error.

XI.

Si la heregía es un gran pecado.

Es la heregía uno de los crímenes más grandes de que puede hacerse culpable un hijo de Dios. Es la apostasía de la Iglesia.

La fe es el cimiento de todo el edificio religioso. Ella es la primera condición de la vida cristiana. Así es que Nuestro Señor Jesucristo resume toda la religión en la fe, repitiendo en cada página de su Evangelio, que para salvarse es necesario *creer* en él, *creer* en su palabra, *creer* á la Iglesia. “El que *crea* se salvará; y el que no *crea* se condena-

[*] Perefíxe, Historia de Enrique IV, pag. 200.

rá", dice San Marcos. (Cap. XVI. Vers. XVI.)

La herejía es el pecado contra la fe, es la rebelion voluntaria y obstinada contra la divina enseñanza de la Iglesia de Jesucristo. La herejía trastorna el orden establecido por Dios y separa al hombre de la gran familia católica, la cual es así en la tierra como en el cielo la familia de Dios.

Por esta razón es la herejía, por su naturaleza, un pecado mucho más grave y un mal mucho más profundo y pernicioso, que la voluptuosidad y todos los desórdenes sensuales. Estos pecados ciertamente son muy malos y separan mucho de Jesucristo; pero ellos no causan en el alma un desorden tan radical y tan peligroso como la herejía.

Júzguese por esto de la responsabilidad religiosa y de la enorme culpabilidad de esos pretendidos pastores evangélicos, van sembrando la herejía. Ellos hacen mayor mal á la sociedad que los mismos apóstoles del libertinaje.

XII.

Si puede salvarse un protestante.

Sí, ciertamente, pero es necesario distinguir con cuidado.

"Una cosa es estar en el error y otra cosa es estar en la herejía," decía San Agustin, cuando predicaba á su pueblo sobre la salvación de los herejes. En efecto, puede uno engañarse sin culpa, en ciertas ocasiones. El error *involuntario* no es un pecado sino una desgracia; y por eso dice que aun estando uno en el error, puede á veces salvarse. Pero siendo la herejía una rebelión contra Dios y su Iglesia, ella es un pecado, es un crimen; y por esta razón se dice que el que está en herejía, no puede salvarse.

Esto equivale á decir, que solamente la *buena fe invencible*, excusa á un protestante del pecado de herejía y le deja, en medio de su desgracia, la posibilidad de salvarse. Fuera de esta buena fe el hereje está perdido, porque se separa de la verdad, que es Jesús; y de la sociedad de la

verdadera Santa Iglesia católica, apostólica y romana.

¿Cuáles son los protestantes de buena fe? ¿Es posible esta buena fe *invencible* en un país católico, en medio de católicos y con tantas facilidades de llegar á la Iglesia? Este es un misterio que solo Dios conoce y que el Él solo juzgará. Si hemos de creer á las apariencias, puede decirse que esta buena fe se encuentra con bastante frecuencia entre los protestantes, especialmente entre los de la clase trabajadora; pues, parece que por su condición carecen de aquellos medios de instrucción, que hacen inexcusable á las clases cultas. Confieso que, aun concediendo la *posibilidad* absoluta de este milagro, no tengo ninguna devoción á la buena fe de los ministros protestantes y tiemblo por su suerte eterna.

Añadiré, respecto de los protestantes de buena fe, es decir respecto de aquellos que pueden salvarse, una observación que debe entristecernos por su estado. Si pueden salvarse, sin embargo les será mucho mas difícil conseguirlo que á nosotros los católicos, verdaderos discípulos de Jesucristo.

Para esto hay muchas razones. La primera, que la buena fe de un protestante siempre es más ó ménos incierta. La segunda, que el punto de partida y el principio de las virtudes cristianas, con las cuales salva uno su alma, es *la fe*; y el católico la tiene exacta, precisa é independiente de todos los caprichos de su imaginación, lo cual no le sucede al protestante. La tercera que, como ya hemos visto, el protestante no participa de los auxilios que la Iglesia da á sus hijos para ayudarlos á vivir de manera que ganen el cielo. Entre estos auxilios me fijaré en dos, la confesión y la comunión. Cuando una persona ha tenido la desgracia de cometer pecado mortal, sólo puede reconciliarse con Dios, yendo á confesarse y obteniendo la absolución del sacerdote; y si esto último no puede ser materialmente, por lo menos debe tener el profundo dolor de sus pecados, que se llama contrición perfecta, la cual incluye el sincero deseo de confesarse. Esta clase de dolor es por sí mismo bastante raro y difícil. Aunque siempre debemos desear tenerle,

no es, sin embargo, indispensable en el Sacramento de la penitencia, pues basta en él un dolor ordinario, porque siendo éste un Sacramento de misericordia, Nuestro Señor se digna suplir lo que falta á los pobres penitentes.

Ahora bien, el protestante que ha cometido un pecado mortal, no tiene el recurso de la confesión. Es preciso, pues que tenga contrición perfecta, perfecto arrepentimiento y purísimo amor de Dios, sin lo cual no puede obtener la remisión de su pecado ni la eterna salvación. Tampoco puede unir á esta contrición el deseo de confesarse, porque le supongo de buena fe; y en tal caso, ignora la necesidad de este Sacramento. Luego le es mucho más difícil que á nosotros, recobrar la gracia de Dios. Si lo consigue por una gracia especial, todavía no tiene como nosotros la sagrada comunión, instituida precisamente por Nuestro Señor Jesucristo, para conservar nuestras fuerzas espirituales, preservarnos del pecado é impedir las recaídas. Nosotros los católicos, tenemos en la santísima Eucaristía una provisión de viaje, en la peregrinación de la vida. El pobre protestante está privado de ella y corre gran riesgo de desfallecer en el camino. De consiguiente, le es más difícil santificarse y salvarse; y así nosotros debemos tratar de convertirle, para ponerle en una situación infinitamente mejor respecto á la salvación de su alma, que es el único objeto de la vida de todo hombre en este mundo.

XIII.

Diferencia que hay entre una conversión y una apostasía

La conversión es un deber, la apostasía es un crimen.

Cuando un protestante entra en el seno de la Iglesia, se convierte; pero cuando un católico deja la Iglesia para afiliarse á una secta protestante, apóstata. ¿Por qué esta diferencia? Voy á explicarla.

La fe católica invariablemente enseñada por la Iglesia, hace diez y ocho siglos, se compone de un número cierto de dogmas positivos, tales como la unidad de Dios, la Trinidad,

la Encarnación, la presencia real, el Papado, etc. etc. Para tener un número redondo, supongamos por un momento que esos dogmas sean cincuenta. Admitiendo esta hipótesis, todos los cristianos creían, pues, cincuenta dogmas, hasta principios del siglo décimo, época en la cual no había habido más que una sola fe en la cristiandad. En el décimo siglo la Iglesia griega negó que el espíritu Santo procede tanto del Padre como del Hijo, y negó también la supremacía del Papa, por lo que de cincuenta dogmas no le quedaron á esa Iglesia cismática mas que cuarenta y ocho. Así se ve que nosotros los católicos, creemos siempre todo lo que ha creído la Iglesia; mientras que, los cismáticos griegos, por el contrario, niegan dos verdades que nosotros creemos.

En el siglo décimo sexto las sectas protestantes llevaron las cosas más lejos, negando otros dogmas. De los cincuenta algunos de ellos negaron veinte, otros treinta, y otros apenas conservaron unos pocos. Pero pocos ó muchos, los que ellos retuvieron, nosotros los católicos los conservamos con todos los otros. La Iglesia católica cree todos los dogmas verdaderos que creen los protestantes; y además está enriquecida con los que éstos han rechazado. Este punto es incontestable.

Estas sectas, de consiguiente, no son *religiones*, porque sólo se forman negando tal ó cual dogma; y así no son mas que *negaciones*, es decir, nada por sí mismas, pues la negación es la nada.

De esto se deduce una consecuencia, con la mayor evidencia; y es la de que el católico que entra en una secta protestante, *apóstata* verdaderamente, porque abandona dogmas y niega hoy lo que ayer creía. Por el contrario, un protestante que pasa á la Iglesia católica no abdica ninguna verdad, no niega nada de lo que creía si era cierto, y sí cree la verdad que negaba, lo cual es muy diferente. Este razonamiento, que no tiene réplica, es del conde de Maistre.

El Señor de Joux, pastor protestante de Ginebra y después presidente del Consistorio *reformado* de Nantes,